


REVISTA DE LIBROS

Dossier: Serie Años Cruciales

Fabio Wasserman, 1810 – Crisis, revolución y guerra (Los Polvorines: Ediciones Universidad Nacional de General Sarmiento, 2024).

Marcela Feudale

Universidad del Salvador – Universidad Torcuato Di Tella

feudalemarcela@gmail.com

Fecha de recepción: 27/03/2025

Fecha de aprobación: 01/05/2025

Cruzarse con la Serie Años Cruciales que forma parte de la Colección Humanidades de la Universidad de General Sarmiento es, para quienes nos convoca el placer de la Historia, una inestimable experiencia. Labrada entre los acontecimientos que abarcan desde 1776 —con la creación del virreinato del Río de La Plata— hasta la tumultuosa y aún cercana crisis de 2001, se compone de 16 tomos que nos proponen visitar escenarios en busca de nuevas miradas que permitan ahondar el conocimiento adquirido.

La idea de esta serie es poner la lupa sobre los acontecimientos que se precipitan en cada año, quien emprende la tarea en el caso de 1810 es Fabio Wasserman, dueño de una impecable pluma y una narrativa coloquial que nos invita a hacer un veloz viaje en el tiempo, al estilo minuto a minuto del rating televisivo.

Fabio Wasserman, Doctor en Historia graduado en la UBA, especializado en historia política e intelectual argentina e iberoamericana de los siglos XVIII y XIX, quien actualmente se desempeña como investigador del Conicet en el Instituto Ravnani y como docente de Historia argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, le imprime al tema elegido una dinámica particular, que hace que la lectura se convierta en un interesante y entretenido compendio de sucesos encadenados, adecuadamente ensamblados, que nos permiten una profunda comprensión del escenario que se nos propone, donde además no se le escapa un solo dato. Tarea poco frecuente es encontrar autores que atrapen la atención del lector cuando el tema se presenta *a priori* como profundamente investigado. Cabe la aclaración de que a quienes nos gusta leer mucho sobre el mismo tema, cada aporte que se realiza nos resulta precioso, dado que cada nuevo acercamiento es una perspectiva diferente que permite descubrir detalles que en ocasiones anteriores pueden haber quedado opacados. Celebro además la decisión de la Universidad de General Sarmiento de —parafraseando a Stefan Zweig— repasar aquellos “momentos estelares” de nuestra historia.

¿Quién no conoce qué paso el 25 de mayo de 1810? ¿Quién no escuchó nombrar a French o a Berutti? Pero entonces, ¿Cuál es la búsqueda de nuestro autor?

Su idea asoma a partir del presupuesto de Bartolomé Mitre plasmado en su obra *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina* publicada en 1887 y que el autor nos recuerda:

“[...] Mitre logró articular por primera vez una narración y una explicación de largo aliento de la historia nacional argentina en la que el proceso revolucionario aparece como el momento de emergencia o de toma de conciencia de esa nacionalidad por parte de los criollos. Una nacionalidad que, además, y al igual que su territorio y su destino de grandeza como nación democrática, republicana y liberal, habrían comenzado a delinearse durante el periodo colonial” (p. 19).

En los últimos años y en las investigaciones recientes la visión de Mitre fue desplazada por una visión que tiende a explicar los acontecimientos revolucionarios a partir de la crisis monárquica española, y no ya como un mito de orígenes donde Nación y nacionalidad argentina existían antes de 1810. Parado sobre esta premisa nuestro autor nos advierte que su cometido es encontrar una mirada que entrelace los acontecimientos que genera la mencionada crisis, que además acarrea cuestiones de representación soberana: “El libro aspira, por lo tanto, a combinar

la narración de los acontecimientos con un marco analítico que permita explicarlos como parte de procesos de mayor amplitud” (p. 21).

Siguiendo un orden cronológico a manera de bitácora, la maestría del autor nos introduce en el tema utilizando tres ejes analíticos que eligió denominar Crisis, Revolución y Guerra —en una clara alusión, y cómo no, en honor a Tulio Halperín Donghi, clave en la renovación historiográfica de nuestro país— y que acompañados de un copioso y valioso uso de fuentes bibliográficas y documentales le imprime no solo rigurosidad académica al relato, sino una agradable narrativa que ensambla en una crónica intencionalmente vertiginosa situaciones que se van articulando y superponiendo de modo que vuelva a “circular sangre” en aquellos personajes que parodiábamos de niños en nuestros actos escolares.

Lo académico se convierte en divulgación cuando es de fácil lectura y resulta entretenido. Eso de inmediato lo convierte en una buena recomendación apta para cualquier curioso que quiera saber qué pasó en 1810. Comprensible, breve y ameno, jamás dudaría en recomendarlo.

En el primer capítulo, denominado “Crisis”, Wasserman nos acerca a las características de un territorio que, como decíamos antes, se convierte en virreinato en 1776. Detalles sobre la composición social, las diversas identidades que convivían bajo un mismo reino español, la segregación entre “gente decente” que podía ejercer cargos políticos y los “vagos y malentretidos”, la religiosidad, las Reformas Borbónicas y una aldea llamada Buenos Aires que emerge como nuevo centro comercial y estratégico en el espacio atlántico poniéndola en el ojo de atención de la Corona.

Es en este marco que el relato pasa al análisis de la crisis monárquica de 1808 que, tras la farsa de Bayona, coloca los destinos del Reino de España en manos del invasor francés. Estamos en el punto sin retorno de nuestra narración.

El autor traslada el foco e ilumina una Buenos Aires mediada por la incertidumbre, el desconocimiento y los rumores, los que se agitan en múltiples debates de tertulia, charlas de café o de pulperías, artículos en el periódico de Belgrano y disertaciones en la jabonería de Vieytes. El tema que involucra a todos los sectores y actores sociales es la preocupación por el futuro político y administrativo de estas tierras.

Y aquí Fabio Wasserman acierta al traer a estas páginas y como fuente fundamental de lo acontecido en esas horas *El diario de un soldado*, un libro de autor anónimo que rememora en sus páginas el trajinar entre junio de 1806 y mayo de 1810 y que logra replicar el ímpetu y el espíritu de los hombres de entonces. Eran los días previos a la puesta en marcha de la Revolución.

¿Qué hacer si España era derrotada? ¿Qué hacer si las autoridades legítimas desaparecían? Como viajeros en el tiempo aparecemos sentados en el Cabildo Abierto para discurrir entre el ideario de los participantes: 450 vecinos invitados, 250 presentes, corridas y manifestaciones, la provocación de Leyva en el balcón del Cabildo, el protagonismo de las milicias y la celebración del logro revolucionario de un 25 de mayo sin derramamiento de sangre.

El segundo capítulo clama bajo el nombre de “Revolución” y Wasserman comienza con una inmortal frase de Los Redondos de la canción “Blues de La Libertad”: “[...] la libertad es fiebre, es oración, fastidio y buena suerte”. Es que queda claro: estalla en esos días lo febril de las horas revolucionarias, que sin incidentes importantes de violencia, dejan paso al delirio particular que produce la sensación de libertad ganada y el descubrimiento de la buena suerte que se va a necesitar para encarar el 26 de mayo, aquel día después, donde implacables comenzarían a desplegarse las controversias, los dilemas y contratiempos que complicarían y condicionarían las primeras decisiones poniendo signos de interrogación a una revolución que había amanecido sencilla.

¡Amanecía, sí! Pero en un mundo plagado de contingencias, intereses particulares en el frente interno como así también en el internacional. Condicionamientos para una revolución que necesitaba imperiosamente sumar voluntades que le permitieran obtener reconocimiento en todos los ámbitos. Córdoba, Montevideo, el Litoral, Salta, Paraguay, y el Alto Perú. La expulsión de las autoridades virreinales, las armas para los conflictos, la organización de un ejército regular. Había que construir poder. En tan solo 40 páginas Wasserman delinea la situación de manera consistente.

Arribamos al tercer capítulo, denominado “Guerra”; la estrategia queda clara en sus primeros renglones:

“La Revolución se había convertido en una guerra. ¿Pero qué clase de guerra? Para responder a este interrogante [...] tenemos que ampliar la lente que estábamos utilizando a fin de considerar un espacio y un periodo más amplios. Los pueblos rioplatenses no eran los únicos dominios españoles en América

que en 1810 estaban siendo sacudidos por la crisis, la revolución y la guerra. Si bien cada caso tenía rasgos particulares, lo cierto es que en otras partes del continente se estaban produciendo procesos similares que se habían desatado o profundizado tras la disolución de la Junta Central. [...] De ese modo, buena parte de los pueblos hispanoamericanos se vieron envueltos en procesos revolucionarios y bélicos, cuyo desenlace en el mediano plazo sería la creación de nuevas comunidades políticas soberanas e independientes.” (pp. 111-112).

Un capítulo que cronológicamente se presenta más complejo porque sus límites temporales son difusos, ya que la guerra no respeta fechas. Así queda de manifiesto en la fracasada expedición de Belgrano al Paraguay que hunde sus garras en 1811, al igual que la triunfante expedición de Castelli al Alto Perú. Suipacha se convierte en el primer triunfo militar de la Primera Junta y pone de relieve las cuestiones humanas y urgentes que desvelan a los hombres de la revolución entre las que se encuentra la cuestión indígena:

“Estas directivas políticas filoindigenistas se expresaban en un discurso humanista e ilustrado que hacía énfasis en la posesión por parte de todos los seres humanos de derechos naturales inalienables. Esta concepción universalista se singularizó y se potenció en el marco del proceso revolucionario rioplatense por la reivindicación que hacían algunos criollos del pasado incaico como un componente distintivo de la identidad americana.” (p.131).

Inquieta a esos hombres la necesidad de lo que llaman la regeneración de la sociedad en términos morales y educativos, lo que se vería plasmado en el profundo deseo de rescatar a una sociedad que había sido víctima de la opresión española durante tres siglos de dominación colonial. La creación de la biblioteca pública, la reforma educativa, y casi arribando sobre el final de 1810, el surgimiento de la identidad americana que se potenciaría a partir de la crítica del pasado en pos de la construcción de un nuevo orden. Las desavenencias entre Moreno y Saavedra van labrando el camino final de este impetuoso 1810 que termina con la creación de la Junta Grande.

Ese es el final del año y también de nuestro libro, pero de ninguna manera lo es para el proceso histórico que se había iniciado. Bajo el título de “Consideraciones Finales”, Wasserman fluye hacia el futuro de la Revolución para hacer algunas últimas apreciaciones y para cerrar su libro aclarando que:

“1810 fue un año clave para la historia argentina cuando aún no existía ni como nombre ni como proyecto de nación. Como vimos en el libro, durante los primeros meses de ese año los acontecimientos fueron vividos como parte de la crisis monárquica y, con ella, la del orden colonial. Sin embargo, al concluir el año, nadie tenía duda de que la crisis había creado las condiciones para que se iniciara una revolución y de que, con ella, también había empezado una guerra de consecuencias impredecibles.” (p.168).

A manera de *bonus track*, se nos regala un breve resumen sobre los acercamientos cinematográficos a la Revolución y se detalla la bibliografía y el porqué de su inclusión.

Amigos: me acabo de volver a encontrar con Wasserman a quien considero un trabajador de la historia, al que respeto, aprecio y sigo en sus investigaciones para ratificar lo grato y placentero que es leer a los historiadores que luchan por acercar la Historia (con mayúscula) a todo tipo de público, y que no la hacen difícil y encriptada. Alguien que se atreve a sacar la Historia del claustro y ponerla en las calles, a través de un libro que la limpia de expresiones ampulosas que alejan al gran público y al que tanto necesitamos y queremos conquistar. Afuera, en estos tiempos distópicos y enrarecidos para nuestro país hay un público ávido en busca de historiadores que les cuenten historias para pensarlas, para debatirlas, para comprenderlas en busca de una identidad común y que nos permita, sin demasiada demora, retomar el camino de fascinación en la construcción de un destino común que supieron tener aquellos hombres con los que hoy nos hizo volver a encontrar el autor.